Exposición

El rostro y el retrato, anhelo

Exposición

El rostro y el retrato, anhelo de inmortalidad

La exposición El rostro y el retrato, anhelo de inmortalidad es una muestra conformada por pinturas de los siglos XVIII y XIX que dialogan con la reflexión que hizo el poeta mexicano Xavier Villaurrutia sobre lo efímero y lo permanente en su ensayo El rostro y el retrato.

Pinturas de los prestigiados José María Estrada y Hermenegildo Bustos, así como una abundante galería de extraordinarios retratos de mano anónima conviven con la inteligencia aguda de Xavier Villaurrutia (Ciudad de México, 1903-1950) que se manifiesta en su ensayo. Honestidad esencial, rigor estilístico y una muy decantada sutileza fueron las armas con las que Villaurrutia cifró el santo y seña de sus afinidades, miró el mundo, el arte y la literatura de su época, como señala Jorge Esquinca.

En la conferencia inaugural el Dr. Alfonso Alfaro y el Pbro. Tomás de Híjar hablarán sobre el retrato novohispano y sobre la pintura decimonónica que dio cuenta de los rostros de una nación en ciernes, retratos que fueron hechos para ser contemplados y admirados por sus modelos. Ellos esperaban encontrar ahí las imágenes de sí mismos que deseaba su fantasía.

Alfonso Alfaro, es historiador y antropólogo, doctor por la Universidad de París -su tesis fue dirigida por Michel de Certeau, y con una disertación dirigida por Roland Barthes se diplomó también del Colegio de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Desde 1988 es director del instituto de investigaciones de Artes de México y el autor frecuente en esta casa editorial, entre sus títulos se puede encontrar: Voces de tinta dormida. Itinerarios espirituales de Luis Barragán, Moros y cristianos. Una batalla cósmica, Los espacios del sazón. La sombrita, el antojo y el altar, y numerosos artículos en varios números de la revista Artes de México. Recientemente le fue concedido el primer doctorado honoris causa otorgado por el Sistema Universitario Jesuita.

Tomás de Híjar Ornelas es licenciado en derecho por la Universidad de Guadalajara, Presbítero del clero de Guadalajara, profesor-investigador honorario de El Colegio de Jalisco. Es miembro activo del Grupo de Estudios sobre Religión y Cultura (El Colegio de Michoacán), de la Sociedad Mexicana de Historia Eclesiástica, de la Fundación 'Arquitectura Tapatía', A.C., y de la Asociación Cultural 'Domingo Lobato Bañales'. Actualmente se desempeña como cronista de la Arquidiócesis de Guadalajara, director del Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de Guadalajara, profesor de la Escuela de Conservación y Restauración de Occidente, secretario del Departamento de Estudios Históricos de la Arquidiócesis de Guadalajara, bibliotecario y maestro en el Seminario Mayor de Guadalajara y capellán del templo de Santa Teresa de Guadalajara. Dos de los cuatro libros que ha escrito son Arte Sacro-Arte Nuestro y Las pastorelas en Jalisco.

El rostro y el retrato

Una meditación acerca del retrato nos lleva inevitablemente a la consideración de lo eterno y lo efímero, de lo que permanece y lo que pasa.

Del mismo modo que en el hombre existe un instinto de conservación, pudiéramos decir que, oscuro o lúcido, consciente o inconsciente, existe en el hombre un instinto de inmortalidad. El hombre sabe que es efímero, pero no se resigna a ello. El hombre quiere durar. Y, en cuanto establece relaciones entre lo eterno y lo pasajero, en medio de un angustioso naufragio busca tablas de salvación para asirse a ellas, y no sólo para sobrevivir, sino para sobrevivirse.

El rostro y el retrato

El hombre sabe que cambia cada instante y que ese instante es irreversible. Atormentado por una sed de duración, por un anhelo de inmortalidad, busca el modo de verse fuera de sí, inmovilizado en el tiempo, plasmado en el espacio. ¿No ha logrado el hombre ver a sus dioses o a su dios en representaciones e imágenes? ¿No ha convertido el hombre los principios divinos en imágenes? ¿No ha humanizado —para decirlo de una vez — a sus dioses? Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, pero el hombre ¿no ha representado a sus dioses en efigies antropomorfas y aun zoomorfas? ¿No ha usado para ello la materia, buscando primero la más dura —la más durable—, la más propicia a la duración? ¿No ha acudido a las tres dimensiones de la escultura que le permiten no sólo ver sino rodear y aun tocar estas representaciones de principios, de dioses que el hombre llega a confundir con los principios, con los dioses mismos? ¿Y no se ha conformado con la representación de sus dioses en las imágenes en dos dimensiones del dibujo y de la pintura?

El rostro y el retrato

En una trayectoria inversa a la que siguió con los dioses, persiguiendo su propia inmortalidad del mismo modo que persiguió la humanización de lo divino, el hombre busca el modo no sólo de verse fuera de sí de un modo efímero sino en forma durable y permanente que desafíe el tiempo.

¿Y quién es capaz de lograr atenuar, calmar o saciar esta sed de duración, este anhelo de supervivencia del hombre si no es el artista? Para realizar este acto de orgullo, el hombre se resigna, momentáneamente, a una servidumbre: se ofrece, entonces, como modelo al artista que habrá de inmortalizarlo.

Detener lo fugitivo en el tiempo; plasmar lo mudable en el espacio, son las operaciones mágicas que se propone el artista frente a su modelo. De ahí a decir que el artista aspira a inmortalizar lo mortal, no hay más que un paso. Y es paso que implica, a su vez, un innegable acto de orgullo, un acto satánico, un desafío prometeico a los dioses que son, por esencia, inmortales, es que el artista se atreve a dar.

El rostro y el retrato

Cuando André Gide, en una afirmación que parece un nuevo proverbio del Infierno de William Blake, escribió que “No hay obra de arte sin la colaboración del Demonio” debió de haber pensado en las sutiles intervenciones de la soberbia, de la vanidad y del orgullo de la obra de arte. Y este proverbio infernal me ayuda a mantener la idea de que, diabólicamente, el arte sirve para saciar o conformar ese instinto de inmortalidad, patente no sólo en el hombre que quiere verse inmortalizado sino también en el artista que, si lo es verdaderamente, no sólo aspira sino logra inmortalizarse con el pretexto del modelo que se le ofrece. Y advirtamos cómo –y un recorrido mental de una galería de retratos de todas épocas habrá de ayudarnos a comprobarlo— no es el modelo el que habrá logrado su deseo sino el artista que ha alcanzado el idéntico suyo, puesto que con raras excepciones, no son el nombre ni el espíritu del retratado sino los del artista los que sobreviven.

El rostro y el retrato

Pensemos, pues, que el demonio ha intervenido, una vez más, sutilmente, en estas aspiraciones humanas y artísticas, trocar lo efímero por lo eterno.

Un mito preside esta angustiosa carrera del hombre en pos de su propia imagen. El mito no es otro que el de Narciso.

Narciso conoce su alma, pero no la forma de su alma; su cuerpo, pero no la forma de su cuerpo. Sabe que su rostro es hermoso, por el efecto que produce en los demás, por la satisfacción personal que este efecto le produce. Pero Narciso no conoce su rostro, su imagen. Un ansia de conocerse lo devora. Narciso se echa a andar en pos de su imagen. Recorre un camino. El camino es un río inmóvil. Distingue un río; el río es un camino que anda. Narciso no quiere perder el tiempo que, sabe, transcurre como el río que se ofrece a sus ojos. Y como anhela ver su imagen, precisamente, fuera del tiempo y del río que fluyen incesantemente, busca hasta encontrar esa parte de la corriente que, en virtud de una conformación especial, forma un remanso. Es éste un lugar en el río y, milagrosamente, fuera del tiempo. Se inclina y el prodigio se hace. Narciso descubre el espejo. Narciso descubre el autorretrato. De ahí en adelante, Narciso pasará el día entero inclinado sobre el espejo del remanso, contemplando su imagen.

El rostro y el retrato

Pero los peligros de encontrar algo no son jamás lo bastante poderosos para impedir al hombre lanzarse al vértigo de buscarlo. Una vez que el hombre descubrió en el espejo un modo de contemplar su imagen; una vez que halló en “las aguas congeladas” un espacio propicio para reflejar su imagen, para conocerla y amarla o abominarla, concibió el espejo que la retiene sin necesidad de que el modelo permanezca. Como pobre Narciso, inmóvil frente a sí mismo. Nació entonces la idea del espejo que guardara, sin necesidad del modelo, una imagen estática, eterna, en la forma que ahora conocemos, practicamos, frecuentamos.

Nuestro instinto de inmortalidad se nutre, se apoya, o, simplemente, se consuela en lo que un poeta nuestro —Sor Juana Inés de la Cruz—, en una reflexión moralizante, ha llamado

ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara
CASA ITESO CLAVIGERO